

Brumas sobre Blackhorne



Brumas sobre Blackhorne

José Antonio Rodríguez-Tembleco Gálvez

Editorial Popular, S.A., Madrid, 2025

Camino de Hormigueras, 122 Bis. Planta 3, nave Q3. 28031. Madrid

Tel.: 91 409 35 73

E-mail: popular@editorialpopular.com

www.editorialpopular.com

Ilustración y diseño de portada: Ghonz

I.S.B.N.: 978-84-7884-998-7

Depósito Legal: M-25181-2025

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos-
www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi mujer, Ana María, que siempre estuvo ahí, desde
que escribí la primera palabra hasta que plasmé la
última; a mi lado, incansable y sin condiciones.
Gracias por ser el pilar de mi vida.*

*Y a mis hijos, Claudia y Víctor, espero que el día de
mañana podáis leer este libro y estar orgullosos de mí,
porque yo siempre lo estaré de vosotros,
pase lo que pase.*



Blackhorne



I

La poca luz que aún brotaba del ocaso rompía contra el océano, dotándolo de una serenidad traicionera, bien conocida por aquellos cuya vida transcurría en el mar. El silencio dio paso con brusquedad al estridente sonido de los motores de vapor de un enorme barco. El navío avanzaba partiendo en dos el reflejo en el mar de los últimos rayos de sol. El humo emanaba de sus dos imponentes chimeneas, negro como el horizonte al que se dirigía con ritmo lento pero firme. La fragata mercante era grande, contaba con varios pisos en cubierta, y otros cinco en el interior del casco. El acero que formaba la línea de flotación, de un color rojo apagado, portaba en la proa el nombre de *Liberty*. En la cubierta del barco apenas había tripulación, era demasiado peligroso en aquellos tiempos de guerra permanecer en el exterior. A través de las ventanas del puente de mando se podía ver al timonel, atento a las últimas órdenes del capitán, el cual se alzaba en el centro de la estancia con solemnidad: su estoica mirada y su determinación denotaban muchos años de duro trabajo en el mar; su pelo cano y liso se dejaba entrever a través de la gorra del uniforme. El timonel asintió una vez que el capitán terminó de dar las órdenes pertinentes, y comenzó a virar el timón con suavidad. La puerta de acceso al puente chirrió al ser manipulada, y un hombre de mediana edad, con evidente sobrepeso y con el pelo graso y desordenado, entró en la sala.

–¡Capitán, oficial Turner a su servicio! He recibido su mensaje, ¿qué ocurre? –dijo el recién llegado.

–¡Tom, tenemos un problema! Tenemos que desviarnos hacia el norte de nuestro rumbo.

–¡Que Dios nos asista! ¿Qué ha ocurrido ahora?

–¡Cuide esa boca, oficial! –sentenció el capitán.

–Di... disculpe, señor, pero si me permite, es el cuarto viaje en el que tenemos que desviarnos del rumbo establecido. Eso siempre se traduce en más días de ruta, pero no más paga. Los hombres hablan señor, los hombres hablan...

–¿Tiene usted debajo de la gorra alguna manera de acabar con la guerra mañana, Tom? –preguntó el capitán.

–¡No... no señor, claro que no! ¡Ojalá y Dios mediante fuera así! –dijo el oficial desconcertado.

–¡Pues entonces, haga el favor de callarse y de escucharme! Entiendo sus tribulaciones, pero nos han transmitido hace unos minutos por radio el avistamiento de una fragata alemana. Están navegando muy cerca de nuestro rumbo. No tengo ninguna intención de que hundan mi barco, con todo lo que eso conlleva. Nos desviaremos hacia el Norte y allí seremos escoltados por un navío de nuestro ejército. ¡Prepárese a todo el mundo! Cuanto antes nos alejemos de esta ruta, mejor para todos.

–¡Sí señor! No entiendo por qué este maldito gobierno sigue sin querer entrar en la guerra. Los alemanes saben de qué pie cojeamos los estadounidenses, y si lo saben, es cuestión de tiempo que comiencen a hundir barcos mercantes para evitar el comercio con Francia y Gran Bretaña.

–De momento, nosotros nos ocuparemos de que nuestra mercancía llegue intacta, y Wilson que se ocupe de sus problemas, si es que tiene alguna idea de cómo hacerlo, cosa que dudo... ¡Malditos demócratas...! –dijo con vehemencia mientras escupía fuertemente hacia el suelo-. ¡Una furcia veinteañera de Misuri haría mejor su puñetero trabajo!

Tom agachó la cabeza y esperó, sabía que cuando el capitán hablaba sobre política era mejor dejarlo soltar toda su retahíla de maldiciones antes de hablar.

–¿A qué está esperando, a que lo lleven en brazos? ¡Mal problema tendríamos con eso! –dijo el capitán con sorna–. Las órdenes ya han sido enviadas a la sala de máquinas, pero me gustaría que bajara a las calderas y viera con sus propios ojos que esos vagos cumplen con lo que se les ha mandado. Esta noche será larga para todos. ¡Así que a trabajar!

El oficial asintió con firmeza y salió del puente. Con toda la velocidad de la que eran capaces sus rechonchas piernas se dirigió a la zona de entrada al interior del barco. Una vez allí, lejos de los oídos del capitán, comenzó a maldecir una y otra vez. Había cinco escaleras verticales que accedían a la zona de calderas, y para colmo los fogones en el último piso dejaban al infierno como una leve brisa de primavera. Suspiró con resignación y comenzó a bajar el primer tramo.

–¡Asquerosas escaleras! ¡Que Dios me lleve si cuando me jubile vuelvo a tocar un peldaño de alguna de ellas! –maldijo con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Mientras el oficial bajaba con dificultad las escalinatas, el interior sí que mostraba una actividad frenética: había tripulantes moviéndose con rapidez de un sitio a otro, con paso firme, cruzando palabras efímeras al encontrarse con algún compañero. Un hombre muy delgado, con un cigarro medio apagado a un lado de la boca, hizo un gesto a Tom con la mano.

–¿Se puede saber qué tripa se le ha roto al viejo ahora? –gritó el hombre.

–¿Quieres cerrar el pico, Harris? ¿Quieres que te vuelvan a quitar un tercio de tu sueldo, imbécil?

–¡Estamos virando al Norte, Tom! ¡Hacia el jodido Norte! ¡Que me ahorquen si quieren, pero estoy harto de añadir días en todos los viajes sin que suba ni un penique nuestra paga! ¡Y no creas que solo lo pienso yo! Podríamos llenar la taberna de mi vieja madre entre todos los que estamos hartos de esto.

–¿Qué quieres que te diga, Harris? Parece ser que un barco alemán ha entrado en rumbo hacia nuestra ruta, y ya sabes cuál es el protocolo: sin carga no hay paga.

–¡Los alemanes me importan un carajo, Tom, un maldito carajo! –dijo Harris, mientras tiraba los restos del cigarro al suelo–. ¡Al final entraremos en la guerra, ya lo verás, y acabaremos detrás de ellos en lugar de escondiéndonos como jodidas ratas!

–Llevamos dos años de guerra, Harris. Si el presidente Wilson no nos ha mandado ya a pasear por Francia, no creo que lo haga ahora. Total, esta maldita guerra tendrá que acabar más pronto que tarde.

–Eso mismo te lo oí decir el mes pasado, y el anterior..., y si mi memoria no me falla, también el...

–¡Cállate, viejo escuálido, y sigue con lo tuyo! Nos espera una noche dura. Más vale que te comportes y que te ganes el sueldo, antes de que tu mujer se largue con otro con más suerte que tú.

–¡Dios bendiga a quien me quite a esa vieja arpía de encima, amigo mío! –dijo riéndose ruidosamente. Harris hizo un gesto con la mano y se alejó hacia su puesto.

–¡Condenados irlandeses! Tienen más cerebro en el pito que en la cabeza, –injurió mientras seguía descendiendo las escaleras.

Al cabo de un rato, que se le hizo interminable, Tom llegó al piso inferior del navío. Según descendía, el calor se iba haciendo más insoportable, pero al llegar al último piso, una bocanada de aire abrasador entró por sus pulmones, haciéndolo tambalear. Se agarró como pudo a la barandilla, sacó su vieja gorra del bolsillo y se la puso.

–¡Maldita sea, el infierno no puede ser peor que este sitio! –maldijo.

La zona era alargada pero angosta. En uno de los lados se podía ver el casco del barco, con sus remaches uniendo cada plancha, separando esa parte de la embarcación del mar por tan solo unas decenas de centímetros. Justo en el centro de aquella parte se encontraba la carbonera, y al otro lado, tres enormes hornos rugían cuando los fogoneros arrojaban a paladas el combustible. Había cinco trabajadores, todos ellos sudando a mares. Eso, unido al hollín que cubría sus cuerpos formaba una mezcla horrible. Tom se acercó a los caldereros, y uno de ellos se dio cuenta de su presencia. Se levantó, dejó la pala clavada en el montón de carbón que había a sus pies y se acercó al oficial. El hombre te-

nía una leve cojera en la pierna izquierda, lo cual no le impedía moverse con soltura, pese a ser bastante apreciable. Su torso, sin camiseta, mostraba un pecho marcado con varias cicatrices y abundante pelo. De complexión delgada, las ingentes horas de trabajo en las calderas habían marcado todos los músculos del fogonero de manera visible. Desde que lo conocía, Tom se había preguntado cuántos años podría tener. Parecía que superaba los cuarenta, pero en aquel agujero todo presentaba un aspecto viejo y desaliñado. Tenía la cara llena de manchas negras, y hollín en la parte que estaba cubierta por una corta barba descuidada.

–¿Qué ocurre? –dijo el hombre–. Nos han dicho que tenemos que mantener las calderas funcionando hasta nueva orden.

–¡Eso poco os importa! Tenéis unas órdenes, y estoy aquí para hacer que se cumplan; ni más ni menos, caballero.

El fogonero giró, miró a sus compañeros, y volvió la cabeza de nuevo hacia el oficial. Su respiración poco a poco iba haciéndose regular al haber dejado atrás el esfuerzo de llenar las calderas de carbón.

–Está bien, haremos todo lo que podamos.

–¡No, amigo mío, haréis justo lo que se os ha ordenado! –gritó Tom–. Cuando embarcasteis lo dejamos bien claro: pocas preguntas, pasaje gratis y trabajo duro; eso fue lo que acordamos. –El fogonero suspiró y asintió despacio con la cabeza.

–¿Cuánto cree que vamos a durar así? –Uno de los compañeros del calderero que hablaba con Tom se incorporó y se acercó para unirse a la conversación. Era una persona entrada en años, más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Apenas tenía pelo en la coronilla, y una barba que se atisbaba blanca detrás de la mugre caía larga hasta el pecho. Se movía con las piernas un poco arqueadas, pero parecía desenvolverse bien en aquel ambiente.

–¡No podemos seguir así por mucho tiempo! –dijo jadeando por el esfuerzo del trabajo.

–¡Seguiréis tanto como el capitán disponga, mugroso!

–¡Puede irse usted y su capitán al carajo! –gritó el hombre. El oficial apretó lo puños al oír aquella frase, y se dirigió directo a por el fogonero.

–¡Te voy a enseñar a cerrar esa boca, inglés del demonio! ¡Te reventaré a palos, y después seguirás con tu trabajo toda la noche si es necesario! –Justo cuando Tom lanzó el primer puñetazo, el fogonero más joven se puso en medio y recibió el golpe en lugar de su veterano compañero, cayendo de espaldas al suelo. El oficial quedó desorientado por un momento, pero enseguida giró de nuevo la mirada hacia el viejo.

–¡No, señor, por favor, no lo haga! Estamos muy cansados, todo esto nos ha pillado por sorpresa y no sabemos lo que decimos. ¡Le ruego que no se lo tenga en cuenta! ¡Le aseguro que las calderas estarán funcionando a toda máquina el tiempo que se necesite! Roy no quería faltarle al respeto, es el cansancio, ¿verdad, Roy? –Giró la cabeza y miró con ojos inquisidores a su compañero de oficio.

El viejo, que apretaba los puños con fuerza, miró hacia abajo y relajó las manos.

–Lo... lo siento señor, es un mal día para todos –dijo, haciendo salir con dificultad cada palabra por su boca– no... no volverá a pasar.

–¡Más te vale, vejestorio, o te juro por lo más sagrado que a la próxima yo mismo te tiro por la borda! ¡A trabajar todo el mundo, venga! –Los dos fogoneros asintieron, el oficial se relajó y se volvió de nuevo hacia las escaleras.

–¡Malditos ingleses, mal rayo os parta a todos!

Cuando Turner desapareció por las escaleras, el carbonero comenzó a incorporarse, mientras su compañero lo ayudaba por debajo del hombro derecho.

–¡No podemos seguir así, Sean! ¡Si no acabamos muertos por esta mierda de trabajo, tarde o temprano cogeré a esa maldita bola de sebo y le reventaré los sesos contra el casco del barco! ¡Yo no sé tú, pero yo no voy a ser capaz de seguir así por mucho tiempo!

Un tercer fogonero tiró la pala al ver que el oficial se había marchado, y acudió corriendo en ayuda de sus dos compañeros: era joven, apenas cumplida la mayoría de edad, su cara delgada y asustada estaba marcada por dos ojos de color gris profundo.

Su pelo rubio estaba totalmente ennegrecido por el carbón; su cuerpo iba acorde con su cara, tan delgado que parecía frágil como el cristal. Al llegar cogió del otro hombro a su compañero herido.

–¿Estás bien, Sean? Si... Siento no haber intervenido, pero ya sabes... –dijo mientras farfullaba.

–¡No te preocupes, Mike! Sabes de sobra que sé encajar bien los golpes –dijo con una sonrisa forzada.

–¡Si no salimos de estas malditas calderas acabaremos muertos! ¡O aún peor, nos descubrirán, y entonces morir en este pedazo de chatarra será casi una bendición! –dijo Roy con severidad. Sean se incorporó del todo y escupió para librarse de la sangre acumulada en la boca.

–Pero ¿qué podemos hacer? –dijo el jovencito con angustia–. ¡Estamos a dos jornadas del puerto, y con este contratiempo podemos dar por hecho que el viaje se va a alargar varios días! ¡Lo... lo siento Roy, pero yo creo que no nos queda más remedio que aguantar!

–¿Aguantar? –dijo el viejo con un notable enfado–. ¿Tú te has visto, chico? ¡Eres la viva imagen de la muerte en vida! Ni siquiera sé cómo aún aguantas en pie. No durarás mucho más a este ritmo. Lo siento, pero tú no estás curtido como Sean y como yo. ¡Hay que buscar otra alternativa!

–¿En medio del océano Atlántico? ¿Qué alternativas tenemos? –dijo Mike bajando el tono de la conversación por miedo a los curiosos–. ¿Coger una barca y echar nuestras vidas a suertes? ¿Amotinarnos en un navío de más de treinta personas que solo quieren ganar dinero para sus familias? Entrar en este barco fue un gran error, sabía que no era buena idea –dijo el joven con tristeza.

–¡Por los clavos de Cristo, chico! ¿Y qué íbamos a hacer si no? –dijo Roy con visible furia en los ojos–. Ya fue un verdadero milagro que llegáramos al puerto de Marsella sin que nos metieran una bala entre las cejas. ¿Qué hubieras hecho tú?

–No sé, podríamos haber seguido a pie hacia España, haber cruzado la frontera por alguna zona poco poblada...

–¡Dichoso plan! ¿Cómo no se nos ocurrió antes? Si solo había que cruzar de lado a lado un país en guerra para llegar a la frontera y que los españoles nos hubieran permitido entrar, cosa que dudo horrores. ¡Eres un genio, válgame Dios!... –se burló Roy mientras chasqueaba la lengua.

–¡Ya está bien, los dos! –interrumpió de forma brusca Sean–. Solo son tres días, a lo sumo cuatro. Cuando lleguemos a las costas de Estados Unidos tendremos muchas más posibilidades. Ellos no están en guerra, y los ingleses les traemos sin cuidado. Allí podremos buscar una zona que sea tranquila, conseguiremos trabajo y lo olvidaremos todo. Dentro de unos años, este viaje solo será un mal recuerdo... –El rostro de Sean se ensombreció, y sus compañeros captaron el mensaje. Aquello no era cuestión de decidir, no había malas y buenas decisiones; era una partida de dados. Lo que Dios les tuviera preparado llegaría, y no podían hacer nada por evitarlo. Hacía semanas que habían perdido el control sobre su destino. Todo era como un macabro teatro entre la vida y la muerte, donde en cada esquina el azar marcaría si vivías o morías. Sean entendía muy bien a Mike. Esa sensación de perder lo poco que controlabas de tu existencia era descorazonadora, más si cabe si era la primera vez que pasaba por algo así; pero ¿qué iba a decirle? Sus posibilidades eran ínfimas. El día que se marcharon los tres era muy consciente de ello, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Desde aquel momento se había arrepentido en muchas ocasiones, pero ya era demasiado tarde.

–¡Está bien, Sean, tienes razón, son solo unos días! ¡Podemos con ello! Incluso el mierdecilla imberbe seguro que puede aguantar sabiendo la recompensa que hay al final del viaje –dijo Roy poniendo una mano sobre el hombro de Mike. El chico asintió decidido.

–Aguantaré, claro que lo haré... ¡Siento mucho lo que he dicho! –dijo con gran pesar–. ¡Es mi culpa que estemos aquí, que vosotros estéis aquí! No volveré a quejarme. Trabajaré todas las noches que quedan hasta tomar puerto si hace falta. ¡Os lo juro, chicos!

Sean asintió mientras daba un pequeño cachete al chico en la cara. Los tres volvieron a la zona de las calderas, cogieron sus palas y comenzaron a cargar los hornos. Los otros dos compañeros, a los que apenas conocían, no les habían hecho el menor caso; ese tipo de situaciones eran de lo más común en aquel infierno. Los chicos comenzaron a palear con ritmo, alimentando las calderas. Había que aguantar para que el barco pudiera maniobrar bien en las corrientes del Norte, la noche sería muy larga.

La jornada nocturna fue realmente dura. Cuando el barco hubo corregido el rumbo y llegado a zonas de aguas más seguras para la navegación, ya había amanecido. Tom vino a darles permiso para ir a sus dependencias. Al soltar las palas apenas se tenían en pie. El oficial felicitó a los dos fogoneros que trabajaban con los tres amigos, pero no dijo ni una palabra sobre el trabajo de Sean y sus dos camaradas.

Cuando llegaron al camarote se asearon como pudieron. El espacio era angosto, tan pequeño que apenas cabían dos pequeñas literas y una palangana de agua para poder asearse. Después, sin mediar palabra, se acostaron en sus camas y se durmieron enseguida, rendidos. El sueño de Mike y Roy era profundo, tranquilo; pero Sean, como todas las noches desde que comenzó aquel infierno, no estaba teniendo tanta suerte.

Tom los despertó de manera brusca para volver al trabajo. Apenas habían dormido unas horas, pero tendría que ser suficiente. El capitán había decidido acelerar la marcha para ganar algo del tiempo perdido. Imaginaba que eso al menos bastaría para contentar de momento a sus hombres. Esto significaba que las calderas debían funcionar a toda potencia de nuevo para poder navegar a mayor velocidad. Los tres compañeros llegaron a su puesto de trabajo y comenzaron a cargar carbón en la vagoneta de la carbonera, pero en ese momento, de soslayo, Sean vio cómo los otros dos fogoneros cuchicheaban algo entre ellos mientras los señalaban de manera disimulada. Sean pensó por un momento en girarse y pedirles explicaciones, pero necesitaban pasar desapercibidos hasta llegar a Estados Unidos. Volvió su atención al trabajo, llevaron la vagoneta a la zona de las calderas y comenzaron a palear la turba dentro de ellas.

Durante las horas siguientes, trabajaron sin descanso, pero había algo que empezaba a preocupar a Sean: cada vez que los tres amigos comentaban algo, por estúpido o nimio que fuera, le parecía ver por el rabillo del ojo cómo sus dos desconocidos compañeros callaban y les prestaban atención. Intentaban disimular, pero llevaban todo el viaje pretendiendo hacer que no existían, y ese nuevo comportamiento era más que sospechoso. Mike y Roy no se habían percatado, estaban demasiado lejos de ellos. Su viejo amigo no paraba de maldecir para sí mismo entre dientes con cada palada de carbón, y Mike parecía que fuera a

partirse en dos en cualquier momento. No, no podía decirles nada, bastante tenían con aguantar aquel trabajo de esclavos. Ni siquiera estaba seguro de si aquello significaba algo, o era todo fruto de su cada vez más paranoica percepción.

Hacía más de dos días que no salían a cubierta, a respirar aire puro; Tom había dejado claro que no los quería en el exterior del barco, y que salir tendría consecuencias. Cuando terminaron el turno de ese día, pese a que sus fuerzas desfallecían, decidieron subir y salir de esa jaula de metal donde estaban encerrados, aunque fuera por unos minutos. Subieron las escaleras con pesadez, como si cada peldaño fuera un muro de dos metros de altura, y al cabo de unos minutos llegaron a la salida.

Durante el camino de ascenso se habían cruzado con varios de los demás tripulantes, pero todos los habían ignorado, lo cual era perfecto para no meterse en problemas. Solo saldrían un momento para dar un par de bocanadas de aire puro, y después cogerían su rancho en la cocina y volverían al camarote a dormir las pocas horas que Tom les permitía. Abrieron la enorme puerta de acero, y salieron al exterior.

El golpe de la brisa marina en sus rostros fue tan reconfortante que no pudieron evitar sonreír. Los tres compañeros se apoyaron en la barandilla de cubierta y durante un instante se ocuparon solo de disfrutar de aquel leve descanso para sus maltrechos cuerpos.

–¿Sabéis lo que me gustaría hacer cuando lleguemos a América, señores míos? Quiero abrir una pequeña taberna, como hizo mi padre. No muy grande, lo justo para poder vivir bien; con una congregación fija, gente fiel al negocio, ¡pero solo gente buena, da igual cuánto beban! ¡Demonios, si se emborrachan a diario, mejor para mi bolsillo! –sonrió Roy acompañado de sus amigos–. Solo quiero que sean buenas personas. No pido más, rodearme, lo que me queda de vida, de gente buena, ¡cuánta falta hace tener buenas personas a tu alrededor...!

–Me temo que en los tiempos que corren las buenas personas son más escasas que el oro –dijo Sean pensativo–. Si en mi vida hubiera habido gente así, quizás no habría cometido ciertos